

Mientras los púgiles peleaban junto al canario enjaulado, alguien cantó

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA - 28/09/2007

Durante años, el Parlament fue el más recatado de los hemiciclos. Los combates parlamentarios eran meramente ideológicos o técnicos. Las palabras, juicios de intención o expresiones gruesas brillaban por su ausencia. Los pitos y los aplausos estaban prohibidos y los opositores apenas se atrevían a cuestionar la formidable personalidad de Jordi Pujol. El carismático President, cual Andreotti entre pardillos, consiguió atraer para sí el espíritu reverencial con que fueron recuperadas las instituciones de la autonomía catalana. Consiguientemente, las profesoras críticas de Raimon Obiols y Joaquim Nadal acostumbraban a rebotar, fatal boomerang, en sus propias narices. El Parlament se excitó en los años declinantes de Pujol. Coincidiendo con la entrada de Pasqual Maragall, imprevisible artista, capaz de defender contra viento y marea las victorias en votos, y de alzar sobre la arena del desierto un gobierno a la sombra y una moción de censura. Contribuyó muy mucho a convertir aquel amable ágora en un duro ring, el ascenso al estrellato de Artur Mas, de verbo preciso y letal como una fría navaja. Cierta tono de boxeo madrileño, con exhibición de colmillos de jabalí, se apoderó de la Ciutadella. Basta con evocar el fuego cruzado del infausto debate sobre el túnel del Carmel, el del 3%.

Desde entonces brillan en el Parlament los cuchillos verbales, los bombazos ad hominem y el tremendismo argumental.

No puede sorprender, por lo tanto, la pelea de ayer entre Artur Mas y el president Montilla, de carácter más personal que político, acerca del mérito, el triunfo, la frustración y la soledad. Tampoco sorprenden los bofetones verbales con que se estrenó el áspero Daniel Sirera (contestados, con mansa prosa franciscana por un President muy hábil reconvirtiendo las acusaciones personales de sus adversarios en lírica defensa de su humilde origen: "Nadie me ha regalado nada"). Sirera retoma la senda ideológica de Vidal-Quadras, aunque carece de los brillantes recursos retóricos de aquel barroco correligionario.

Los periodistas no acostumbran a prestar mucha atención a la oratoria irónica y burbujeante de Miquel Iceta (es el coste que paga el portavoz encargado de incensar al presidente), pero deberían atender más a sus palabras de ayer: el primer discurso desacomplejadamente postnacionalista de un PSC que agarró la presidencia por los pelos, con un deprimente resultado, pero que, estabilizada la situación, empieza a sacar pecho y empieza a cantar melodías propias. El desparpajo de Iceta contrastó con la extremada contención de Joan Ridaó, la personalidad más institucional, sobria y sutil de los republicanos, que ayer habló con tal medida, usando con tal prudencia los adjetivos, que dio la impresión de ser un canario encerrado en una jaula de oro.